

FORMACION DEL ENTRENADOR

Parece indiscutible que el bagaje teórico, los conocimientos teóricos y prácticos referentes al juego, son una parte importante de las cualidades del entrenador. Pese a ello, creo firmemente que es necesario algo más. En mi caso particular, os puedo decir que yo he sido entrenador antes de convertirme en entrenador.

Esto, que puede parecer complicado, es lo que les pasa a los diez mil espectadores que presencian un partido. O, al menos, es lo que les debería pasar. Ver un partido de baloncesto no es estar sentado en una localidad o en un sofá e ir contemplando imágenes más o menos espectaculares. Considero que el espectador de un partido de baloncesto debe ser un elemento activo. Y cuando indico elemento activo no quiero decir que salte, grite, aplauda o insulte. Me refiero a otro tipo de actividad. El espectador tiene que ver el juego y analizarlo, debe darse cuenta de cuándo se hace una zona, reconocer el punto débil de una defensa o captar por qué un equipo no ataca con fluidez. Cuando hablo de actividad me estoy refiriendo, fundamentalmente, a este tipo de actividad. Creo que es bueno que se piense "en baloncesto" cuando se está viendo baloncesto.

Esta simple actividad es la de hacer de entrenador antes de convertirte en entrenador. Y no es tan fácil como parece. Porque no es cuestión de ir de "enterado", sino de reflexionar, interiormente si se quiere, acerca de lo que está pasando en la pista. Es colocarse en el lugar de la persona que está sentada en el banquillo.

Esto sucede cuando estás como espectador; pero también cuando haces de jugador. En este caso no te limitas a jugar más o menos bien, sino que tienes capacidad para ver claro lo que ocurre en la pista; eres capaz de mandar a los compañeros; y de



analizar cosas, más allá de lo habitual en la mayoría de los jugadores. También, en este caso, actúas como una prolongación del entrenador.

Para mí esto es vocación. Lo que ya no sé es lo que llega primero. No sé si somos espectadores activos porque ya tenemos la vocación dentro o si ésta llega como consecuencia de actuar como entrenadores solitarios cuando vemos o jugamos un partido. No encuentro respuesta a esta cuestión. Simplemente estoy contando lo que me pasó a mí, cosa que, por otro lado, le ocurre a la mayoría de mis compañeros y, con toda certeza, a vosotros mismos.

Esta vocación, ya sea innata o adquirida, tiene que complementarse con el aprendizaje teórico, que es una forma de ampliar conocimientos. Este aprendizaje teórico se lleva a cabo escuchando a otros entrenadores, acudiendo a "clinics" y leyendo artículos y publicaciones.

Sinceramente, no creo que sea sólo un tópico afirmar que se puede aprender algo de cada entrenador. Creo que es tajantemente cierto.

Ya dijimos que un entrenador no puede encerrarse en sí mismo y montarse su santuario particular e inaccesible. Hay que estar abierto a las sugerencias y a las nuevas corrientes para ir aumentando ese bagaje técnico.

En los primeros momentos, durante la etapa de formación del entrenador, creo que es fundamental el imitar. Hay que escuchar a todos los entrenadores, analizar lo que dicen y buscar el estilo que más se ajuste a la forma personal de uno mismo. Cuando se ha encontrado el modelo, hay que seguirlo y ampliarlo, añadiendo al modelo elegido como ideal cosas personales y de la propia cosecha. A medida que se avanza en la formación hay que reflexionar acerca de lo que se está haciendo, ver si es correcto y rectificar en caso contrario.

La forma de ampliar y de enderezar el camino que se ha elegido es siempre la misma: escuchar a otros entrenadores, ir adquiriendo experiencias ajenas, imbuirse de filosofías o criterios más o menos distantes a los propios y meterlos en la cabeza para elegir cuáles de todos esos conocimientos se van a aplicar oportunamente en el trabajo propio.

Evidentemente, no todo lo que asevera una persona ha de aceptarse como cierto al cien por cien; probablemente no se comparta en su totalidad, pero siempre, con seguridad, puede haber partes aprovechables que sí pueden utilizarse después.

La formación teórica que acabamos de describir tiene que complementarse con lo que llamo la formación real. El aprendizaje real se lleva a cabo en el campo, día a día, en cada entrenamiento, en cada partido.

Se aprende a diario con el trato con los jugadores. Corrientemente se piensa que el entrenador es un ser omnisapiente, que se dedica a impartir sus enseñanzas a los jugadores. Sin embargo, puedo aseguraros que se aprende muchísimo de los jugadores. Muchas veces nos quejamos de que algunos jugadores se pasan de listos, pero si sabemos interpretar bien estas situaciones caeremos en la cuenta de que con este "pasarse de listos" nos están dando soluciones efectivas y eficaces a problemas que se nos han planteado o que se nos pueden llegar a plantear.

Con el trato con los jugadores no sólo aprendes sobre cuestiones técnicas o tácticas. Aprendes, sobre todo, en cuestiones de

psicología y de relaciones humanas, que son aspectos realmente fundamentales para dirigir a un equipo de élite.

En la pista aprendes también de tus propios errores en la dirección de los partidos, gracias al análisis que siempre es necesario realizar después de cada competición; y de tus errores aprendes en la realización de los movimientos, aquellos que sobre el papel parecen perfectos, pero que luego no salen y hay que modificar.

Hay una diferencia evidente entre "saber" baloncesto, haber realizado todos los estudios teóricos que se quiera, estar al corriente de las últimas tácticas y de los últimos sucesos y el hecho de "ser" entrenador. Y no digamos ser un "buen" entrenador. La ciencia del buen entrenador consiste no sólo en conocer cuanto se refiere al baloncesto, sino, sobre todo, en saber transmitir sus conocimientos aprovechando sus facultades personales, que sin duda existen, adquiriendo los más recientes conocimientos y sabiendo organizar su propia actividad. El entrenador es un educador. Tal vez esta palabra parezca inadecuada si hablamos de equipos de la Liga A. C. B. Pero, al menos, admítase el concepto de que es motivador y transmisor de conocimientos. En este aspecto, como en muchos otros, el conocimiento de los temas se transmite entre los entrenadores. O, dicho vulgarmente, los entrenadores "se copian" unos a otros sus sistemas de entrenamiento y de dirección de equipo. Sin embargo, esto debe ser así sólo hasta cierto punto, como si estuviéramos hablando de un sistema de ataque o de un ejercicio cualquiera. Difícilmente un entrenador inventa algo totalmente nuevo; aun en este caso es muy posible que coincida o que se parezca demasiado a algo ya inventado. Sin embargo, el concepto recién adquirido debe ser adaptado a nosotros. En primer lugar, al propio entrenador, que debe transmitir sus conocimientos; y, lógicamente, también a los "transmitidos", es decir, a los jugadores y a la propia situación que se ha ido creando en el transcurso de la temporada en el equipo. Repetimos que es muy importante, hasta decisivo, que un entrenador escuche a sus colegas; que se informe y que si le parecen bien algunas de las cosas aprendidas las tome como propias; pero más importante aún es que sepa elegir cuáles de estas cosas son las adecuadas para su categoría personal y la de su ámbito de trabajo; y, más aún, que se asegure de que correctamente efectuada esta elección, se adapte apropiadamente a las circunstancias de cada caso.

Antes de acabar este apartado deseo hacer mención de ciertos elementos obligatorios y opcionales que el entrenador puede utilizar para desarrollar su profesión con garantías de éxito. Quiero referirme, en primer lugar, a los obligatorios, y entre ellos a los cursos de entrenadores de obligado cumplimiento. Como ya sabéis, para poder estar al frente de cualquier equipo es necesario poseer un título que, en cada caso, otorga el organismo adecuado. Estos cursos se realizan a varios niveles. Cada uno de ellos da derecho a entrenar a una determinada categoría. La última referencia que tengo es que los niveles son tres: monitor de baloncesto, entrenador y entrenador superior. La primera categoría se relaciona con equipos de base, la segunda con los equipos medios y seniors no nacionales, y la de entrenador superior es obligatorio alcanzarla para cualquiera que pretenda entrenar a equipos seniors de categoría nacional. Luego resulta que siempre hay excepciones; y que éstas se producen, sobre todo, en las máximas categorías, que son las que deberían dar ejemplo. Pero ésta es otra cuestión.

Los rectores de estos cursos o de las entidades con competencia para organizarlos han sostenido criterios distintos: desde los muy restrictivos hasta los más permisivos, en los que se intentaba, sobre todo, formar al alumno sin obstaculizar su progreso poniendo trabas administrativas. Particularmente opino que estos cursos deberían servir para mejorar al máximo el nivel de los alumnos e impartir los máximos conocimientos posibles. La evaluación objetiva en las materias de que se trata es muy difícil de calibrar. Los conocimientos que se transmiten en los cursos son con frecuencia un tanto etéreos y difíciles de plasmar en un papel. Personalmente, estoy orgulloso del curso superior que dirigí en el Centro de Alto Rendimiento (C. A. R.), en Sant Cugat del Vallés, en 1989, en el que intervinieron la casi totalidad de los entrenadores de la Liga A. C. B. (precisamente muchos de ellos son colaboradores en esta colección) y que expusieron respectivamente sus experiencias en las materias que mejor conocían. Fue curioso advertir que una vez agotado el cupo de alumnos, muchos entrenadores que ya estaban en posesión del título solicitaban poder asistir, dado el alto nivel de los profesores y de los participantes. Resulta, pues, que la mejor demostración de que un curso va a servir para elevar el nivel de los alumnos, es el hecho de que haya asistentes que no necesiten obtener autorización administrativa, porque ya la tienen, pero reconocen que la actividad alcanza una categoría que merece su atención y su esfuerzo en asistir.

No obstante, es un tema difícil. Muchos piensan que los cursos no sirven para nada y que no deberían existir; que cada uno encontrará en el camino sus éxitos y sus fracasos, en función de su actuación y de sus aciertos. Personalmente pienso que debe existir un control administrativo para asegurar unos conocimientos mínimos. Pero también reconozco que debe hacerse un esfuerzo para conseguir que el propio alumno reconozca la utilidad del curso, evitando que tenga que asistir a penosas exhibiciones de ciertos profesores ya trasnochados, con nula capacidad para transmitir nada nuevo y cuya única justificación es la de administrar algunos títulos. En estos casos, curiosamente, suele haber largas listas de alumnos suspendidos. Seguramente los que deberían ser suspendidos son los profesores, muchos de ellos elegidos de cualquier banquillo desde tiempos inmemoriales y de los que no se conoce ningún éxito deportivo en la práctica.

La otra alternativa para la formación de un entrenador es la que he calificado de opcional. No me cabe ninguna duda de que ésta es la opción decisiva para que un entrenador triunfe. Oír a sus colegas en "clinics" o en conferencias, asistir a los entrenamientos de otros entrenadores, hablar, compartir continuamente experiencias, son cosas que debemos hacer hasta los últimos días de nuestra vida deportiva. El análisis de todo lo que hemos oído y aprendido, el paso por la cabeza pensante de la multitud de ideas y conceptos recibidos, la aplicación específica de los mismos, es lo que constituye ese caudal de conocimientos (los más ilustrados dicen *background*) que nos permitirá proseguir el camino correcto emprendido.

La parte final es, cada año, la elección de nuestros equipos según la idea que tenemos del progreso. Es una discusión que tengo con muchos entrenadores jóvenes. Algunos prefieren entrenar un equipo medio o bajo, pero con plena capacidad de decisión, como entrenadores-jefes. Otros prefieren pasar algunos años más como ayudantes de entrenadores de reconocida calidad. Habrá quienes deseen entrenar a equipos de base, pero de clubs importantes y con amplias posibilidades de progreso. Este es un interminable mosaico en el que cada uno ha de encontrar su sitio. Y no lo debemos olvidar, la élite sólo ocupa un rincón muy pequeño.

ANTOÑETA :

MANOS LIBRES

